



Capítulo 11

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS
Editores

HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO I



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

IDENTIDAD CULTURAL DE AREQUIPA¹

Eusebio Quiroz Paz Soldán

I. Introducción

En forma previa al análisis científico que se pueda realizar, podemos constatar que Arequipa representa una forma singular de lo peruano. Los arequipeños tenemos una aguda conciencia sobre la presencia definida de nuestra ciudad en la historia del Perú. En 1929 sostuvo Basadre que: «Es Arequipa la ciudad más representativa y pintoresca de la República» (Basadre, 1980, p. 200) creo que tal afirmación es el reconocimiento de la conciencia de sí que tiene el pueblo arequipeño y que se puede encontrar durante el siglo XIX como un factor muy significativo en la evolución histórica del Perú.

La presencia de Arequipa en la historia peruana no se sustenta únicamente en la vigorosa tradición y en su «gesta heroica» o su «conciencia cívica», sino en una identidad cultural mestiza. La tesis principal de este trabajo propone esa explicación. Tal identidad le confiere rasgos de originalidad distinguibles que configuran, además, una imagen histórica determinada. Tenemos así elementos de identificación, de cohesión regional y de pertenencia, que constituyen un factor dinámico en la ruta histórica de Arequipa.

La tesis de esta ponencia está lejos de ser la afirmación de verdades aceptadas como tradicionales, o localismo exagerado, ni la del reconocimiento de ciertas expresiones verbales que la fuerza de la costumbre ha arraigado y que nadie discute hoy, de las que tampoco se tiene el necesario conocimiento de causa. Tomamos como elemento referencial el hecho de que se reconoce a «lo arequipeño» como diferente, característico, dentro del conjunto de la cultura peruana. En términos genéricos no existe referente más identificativo que el de llamar «characatos» a los arequipeños.

¹ Ponencia presentada en el coloquio *La identidad nacional: el Perú en sus provincias*, organizado por el Instituto Riva-Agüero, en Lima entre el 19 y 21 de noviembre de 1997.

Haremos un esfuerzo por superar la reiteración y los lugares comunes, lo anecdótico y lo meramente subjetivo y emocional, para fundamentar nuestra tesis en una teoría científica y en un corpus de ideas reducibles a planteamientos formales y proposiciones lógicas. Esto explica el tema de esta ponencia, en la que sin mayores pretensiones contribuiremos a dar forma y sentido a una explicación histórica y cultural, científica por lo tanto, de la identidad cultural de Arequipa, cuya coherencia se apoya en estos conceptos fundamentales:

Primero: Afirmamos que Arequipa es una comunidad con fisonomía y personalidad singulares dentro del Perú. Tiene como base un regionalismo histórico.

Segundo: Sostenemos que tal singularidad ha creado una conciencia de sí misma que se desenvuelve como un elemento de identificación integrado por factores diferenciables en un análisis cultural y que está conformada por la arquitectura, la música, el habla popular, etcétera.

Tercero: Planteamos que la fisonomía cultural de Arequipa, y por lo tanto el sustento de su identidad cultural, es mestizo, lo que es una conclusión esencial en este trabajo. Sobre esta base podemos desarrollar los lineamientos básicos de lo que sería una teoría de Arequipa, vale decir una explicación orgánica, un conjunto coherente y sistemático de argumentos y razonamientos, una síntesis de los conocimientos que se han obtenido en el estudio de determinado orden de hechos y que se utilizan para explicarlo. Lo que conocemos sobre Arequipa en tanto que propuesta de comprensión de su identidad cultural es lo que configura esta teoría.

Las fuentes que hemos utilizado merecen una aclaración fundamental. Por una parte, las referencias que provienen de una línea de reflexión que llamaremos «arequipeñista» y que tiene sus raíces en la historia misma de la ciudad y sus más logradas expresiones en los siglos XIX y XX. No se bosqueja en tal producción la explicación que buscamos; se enaltece a Arequipa, se describe profusamente sus paisajes, sus costumbres, su tradición, su vida familiar y su vida social. Por ello la hemos llamado «arequipeñista», pero no debemos desdeñarla por eso, ya que conforma una de las vertientes de cualquier referencia que se haga sobre Arequipa en la historia del Perú (Rivera Martínez, 1996).

De otra parte, conocemos referencias específicas, de carácter historiográfico, y por ende científico, acerca de Arequipa. Entran allí diversos estudios de Francisco Mostajo, Víctor Andrés Belaunde, Jorge Basadre y las investigaciones de Sarah Chambers, Keith Davies, Kendall Brown, Frederick Wibel, John Fisher y Mary Gallagher.

II. La fisonomía singular de Arequipa

Está dada por un conjunto de elementos culturales, espirituales, materiales, tradicionales, sociales e históricos. En una historia cultural podríamos afirmar esta singularidad a partir del señalamiento de los factores que integran la cultura objetiva o material y la subjetiva o espiritual.

Esta fisonomía singular de Arequipa a la que aludimos conforma, por una parte, una imagen histórica de la ciudad dentro de la historia del Perú: una presencia reconocible que está dada por la influencia social de Arequipa en la actividad política del Estado peruano. A partir de 1834 se inicia desde Arequipa un ciclo revolucionario que se prolonga en términos históricos hasta 1955. Tal ciclo ha hecho de esta ciudad un símbolo histórico, un signo republicano, democrático, el de un pueblo que lucha por la defensa de la ley, las libertades públicas y el respeto a la Constitución, y en la que las instituciones y sus dirigentes forman un conjunto armónico donde los conflictos sociales no enervan la admirable unidad ante la sociedad de defender grandes ideales republicanos y democráticos.

Estudiosos de la historia peruana han discernido para Arequipa el título de «caudillo colectivo» o ciudad-caudillo. Su pueblo, sus artesanos, se lanzan osadamente al combate, dice Basadre, preguntando ¿por quién combatimos?

Arequipa es «la ciudad representativa de la república», coinciden en denominarla así Bustamante y Rivero y Basadre. Tal representatividad deviene de su señera presencia en la historia peruana y, agregaremos nosotros, del carácter democrático de su sociedad, a la que Sarah Chambers ha denominado «sociedad de honor» a la que todos los grupos sociales sin distingo tratan de considerar como propia, haciéndose parte constitutiva de la misma (Chambers, 1997).

Podemos ahora agregar a la primera característica anotada otra no menos importante: la nombradía histórica de Arequipa desde la época de su fundación. En las crónicas de Cieza de León, Lizárraga, Calancha, Garcilaso de la Vega, y, aun sin conocerla directamente, don Miguel de Cervantes dijo de ella en *La Galatea* que era la ciudad «de la eterna primavera». La impresión sobre el clima y el paisaje de Arequipa se recoge reiteradamente en el testimonio de viajeros e historiadores. No en vano Ventura Travada y Córdova tituló a su obra: *Suelo de Arequipa, convertido en Cielo* (Travada y Córdova, 1993). En el estudio crítico sobre las fuentes de la historia colonial de Arequipa, del que es autor Víctor Sánchez Moreno, puede seguirse un significativo derrotero de referencias acerca de Arequipa y de su historia tanto en cronistas como en historiadores (Sánchez Moreno, 1987).

En esta imagen histórica de Arequipa, no podemos dejar de mencionar, como elemento que conforma su singularidad, el regionalismo que es tan característico de los arequipeños y que sin duda es un factor que gravita con gran fuerza dentro de la ciudad, ya que la promueve y la impulsa, creando a su alrededor no solo simpatía y apoyo sino suscitando agresividad y comentarios negativos.

No se alude aquí a lo que comúnmente se entiende por regionalismo, en su sentido localista o de defensa superficial de una «superioridad» de lo arequipeño sobre otras ciudades o pueblos del Perú. Al regionalismo que nos referimos es al de tipo histórico, que nos diferenció realmente de otros pueblos del Perú; diferencia que podemos evaluar objetivamente pues ha sido un elemento en el desarrollo histórico

de Arequipa. Friedrich Wibel ha utilizado el concepto histórico de comunidad regional para explicarnos el desarrollo de Arequipa, aislada en el sur y separada de Lima dentro del imperio colonial español. El aislamiento geográfico y la localización de Arequipa hicieron de ella una comunidad social cerrada en la que adquirió un peso determinante su economía y su producción destinadas al comercio de exportación y al autoabastecimiento. No fue Arequipa zona de grandes plantaciones agrícolas, como lo es el norte del Perú, no es región minera de alta producción, como es la sierra central o la zona de Potosí; es un oasis, un «alto oasis» como la ha denominado acertadamente el historiador inglés Arnold Toynbee (Toynbee, 1963, p. 54).

Planteó el historiador que «la capacidad económica de Arequipa está rígidamente confinada por los límites materiales que la topografía impone a la irrigación». Aludió, con precisión, al fenómeno del aislamiento geográfico que mencionaron también Bustamante y Rivero, Belaunde y Mostajo y que encierra los elementos de explicación del destino agrario, de vocación por el derecho, y de signo campesino que tuvo la ciudad hasta bien entrado el siglo XX. Cuando se dice: «Characato» el arequipeño alude a esta fisonomía campesina de Arequipa (Quiroz, 1996, p. 10). Raúl Porras lo expresó en 1928. J. Fisher, en su estudio acerca de la identidad regional, *Imperio, virreinato y provincias entre 1776 y 1824*, sustenta el desarrollo de contradicciones entre el nacionalismo, con base en Lima al producirse la Independencia del Perú y un «modelo alternativo», como lo denomina, basado en la identidad regional del sur del Perú.

El conflicto entre el centralismo limeño, propio de la etapa colonial y el regionalismo del sur del Perú, especialmente el de Arequipa, no quedó resuelto con la Independencia, que reforzó el centralismo de origen hispano; por el contrario, profundizó más aún ese enfrentamiento, llevándolo a su punto más alto entre 1836 y 1838 cuando se estableció la Confederación Perú-Boliviana, con la adhesión entusiasta de Arequipa y de líderes políticos arequipeños.

No está demás recordar que otro elemento de la tradición popular, aquello de: «República Independiente de Arequipa», lejos de poner de manifiesto solamente la exaltación y el regionalismo localista, expresa también una verdad histórica, cuyo testimonio recogimos en la *Historia general de Arequipa*. En una carta dirigida por el mariscal Santa Cruz al general Antonio Gutiérrez de la Fuente en 1826, expresa el primero: «Dicen todos que en toda clase de reuniones y muy señaladamente en la que ha habido en la casa de Usted, se ha repetido y se ha celebrado la independencia de Arequipa y su separación de la unidad nacional» (Santa Cruz, 1976, p. 221).

El regionalismo de esta comunidad del sur del Perú tiene que ver también con el abierto apoyo que brindó a la idea de confederar el sur con lo que fuera el Alto Perú.

En los años iniciales de la Independencia, en 1825, cuando Arequipa la juraba y Bolivia se declaraba estado soberano, propicióse la separación de Arequipa y del sur para federarla con Bolivia (Herrera, 1961).

El periódico arequipeño *El Yanacocha*, dirigido por el dean Juan Gualberto Valdivia, impulsaba tal perspectiva entre 1835 y 1837, la que también se refleja en sus memorias tituladas *Las revoluciones de Arequipa*. El regionalismo derivó en franco separatismo en el que Arequipa debió ocupar un lugar privilegiado en el nuevo proyecto político (Valdivia, 1996).

Arequipa es una comunidad regional que tiene un factor de cohesión interna, según la tesis que planteamos.

III. La identidad cultural mestiza de Arequipa

Entendemos por identidad cultural «el conjunto de rasgos y características diferenciables y distintivos o inconfundibles de cada país y de cada región dentro de él, que permiten establecer separaciones, de forma y de naturaleza, entre ellas». Tal identidad, lejos de ser solamente un concepto analítico, es una realidad dinámica que suele encarnarse en una comunidad social, que la hace suya, y en la cual se identifica y por tanto se diferencia de otra u otras. Lo que agregaremos, como concepto importante, es que resulta necesario adquirir conciencia histórica de la existencia de tal identidad, de tal manera que esta actúe como factor dinámico de cohesión social.

Cuando la identidad existe y se ha difundido y profundizado, es el pueblo anónimo el que le concede valor y la desarrolla, haciéndola suya, modificándola y enriqueciéndola continuamente con cambios y creaciones, lo que es resultado de un proceso de aculturación.

Por su parte el padre Manuel Marzal afirma que identidad cultural es: «el contenido psico-social de un grupo humano, formado por un conjunto compartido de hábitos, actitudes, valores, etcétera, por el cual las personas que integran el grupo se sienten a gusto entre ellos y se consideran parte de los demás y diferentes de los “otros”. Tal identidad puede darse a diferentes niveles a modo de círculos cada vez más amplios: identidad local, étnica, regional, nacional, continental, etcétera» (Marzal, 1989, p. 171).

George Foster, por otra parte, propone la tesis de que la cultura hispanoamericana es producto de la aculturación. Afirma que la historia no presenta otra época en que haya habido grados tan importantes de contacto cultural entre pueblos con tradiciones completamente distintas. Ello puso en movimiento, agrega, los procesos históricos que después produjeron civilizaciones mestizas contemporáneas en Hispanoamérica.

La mayor parte de la cultura hispanoamericana, fuera rural o urbana, continúa Foster, de pequeñas comunidades o de amplitud nacional, constituía una entidad nueva y diferenciada con dos raíces predominantes, la una incrustada en la cultura indígena americana y la otra en la cultura ibérica en gran medida del periodo colonial (Foster, 1962, p. 18).

El contacto continuo y prolongado entre pueblos de tradiciones y ethos diferentes, ofrece una clave para explicar la formación de las nuevas culturas surgidas

en América Hispana. Entiéndase por «aculturación», el estudio de la transmisión cultural en proceso que abarca aquellos cambios que se producen en una cultura por la influencia de la otra, lo que da como resultado una incrementada semejanza entre las dos (Silva Santisteban, 1977, p. 179).

El aparato conceptual teórico puede ampliarse citando a Wachtel, Radcliffe, Hergkovits y Linton. Coinciden en señalar que el contacto directo y continuo entre grupos de individuos de culturas diferentes provoca cambios y da nuevos fenómenos.

¿Por qué sostenemos la tesis de que la identidad cultural de Arequipa es mestiza?

En primer lugar, porque es obvio que es resultado de un proceso de aculturación en el que se produjo el contacto entre elementos culturales de dos y más culturas donadoras y receptoras, cuyos resultados podemos apreciar objetivamente.

Este proceso no se dio únicamente en Arequipa, se produjo en todo el territorio andino y en todos los pueblos de América; sin embargo, en esta comunidad regional sus resultados son fácilmente perceptibles y sobre todo han penetrado profundamente en el tejido social de la ciudad, actuando de tal modo como factores o elementos de identificación. Por ello son tan importantes no solo para ofrecernos posibilidad de análisis teórico, sino como impulso específico para el desarrollo y el futuro de nuestra ciudad y de nuestra región.

Estamos de acuerdo con el arquitecto José de Mesa cuando afirma que la arquitectura arequipeña tiene un estilo mestizo (Mesa, 1966). Tal aseveración confirma o reitera opiniones de Emilio Harth-Terré, Ramón Gutiérrez, Leopoldo Castedo, H. Wethey, Héctor Velarde. Arequipa es considerada como el centro donde se produjo la fusión entre lo hispánico y lo indígena en una arquitectura construida con sillar de origen volcánico, con estructuras de origen europeo y una profusa ornamentación, original, mestiza en su esencia.

Esa es la clave de explicación de lo mestizo en esta bella arquitectura. En las fachadas y portadas de los templos y de las viejas casonas arequipeñas los artesanos indios y los constructores o «alarifes» españoles y mestizos, han dejado la huella de ese contacto que ha dado un resultado maravilloso. No está demás repetir que es único y que se proyectó por las riberas del lago Titicaca en el Collao y por las provincias altas de Arequipa, especialmente en la zona del río Colca, en cuyos pintorescos pueblos encontramos la maciza y rotunda respuesta de este arte, donde la presencia mestiza es inocultable (San Cristóbal, 1977). Una nueva propuesta de análisis histórico de esta monumentalística reitera nuestra afirmación.

El yaraví, que es una expresión musical andina, se hace mestizo en Arequipa, afirma el musicólogo peruano Armando Sánchez Málaga: «Arequipa es la cuna del mestizaje musical peruano y su partida de nacimiento es el yaraví, en el que se condensan los rasgos fisonómicos y psicológicos de las melodías indias y españolas. La médula es india y el ropaje es español». La escala de sonidos del yaraví, agrega

este autor, resulta así mestiza a pesar que tiene un aire de serenata con guitarra, con temática y motivos y aun con expresiones indígenas. El autor que sintetizó el yaraví, es el poeta soldado Mariano Melgar. En 1971, el yaraví era reconocido como una melodía propia, original de Arequipa. Sobre un fondo andino, resulta ser, el yaraví arequipeño, una forma musical característicamente mestiza. Los testimonios históricos de los siglos XVIII y XIX son suficientes para admitirlo así (Carrión, 1983).

La tradición y el folklore tienen mucho de mestizo y original en Arequipa. La religiosidad popular ha revestido las efigies de los santos católicos con ropaje campesino, como a la Virgen de Chapi (Quiroz & Málaga, 1985) y en la festividad del Paso, San Francisco y Santo Domingo se «visitan» como dos «compadres» campesinos y se «convidan» con vino y chicha, como en una reunión familiar o amical arequipeña.

Las costumbres a la picantería, donde encontramos los potajes campesinos y sencillos de la cocina indígena al lado de la «mejor chicha del Perú», como la ha llamado Jorge Basadre. Hay costumbres propias de la picantería donde el rocoto hace las delicias de los comensales, cada día de la semana un plato característico es presentado bajo la hábil dirección de una «hacedora» a la cual todos llaman cariñosamente «comadre».

Este es un conjunto de costumbres socialmente aceptadas, reconocibles como mestizas en su esencia, en el sentido que lo plantea del Busto (1993, p. 25).

La picantería arequipeña ha merecido importantes estudios sociológicos. En su ambiente se dan cita todas las clases sociales y en su mesa, amplia y popular, dialogan abogados, albañiles, escribanos y profesores; allí, entre costumbres aceptadas por todos, se intercambia «bocaditos», se bebe chicha y anisado, y finalmente, se escucha yaraví cuando las sombras de la tarde apagan las voces y las risas de quienes concurren habitualmente a la chichería en busca del «jayari», del «americano» o de los «dobles». Restaurante o simple «ramada», es la picantería un espacio donde se dialoga y se comparte mestizaje.

En medio de todas estas manifestaciones culturales mestizas, que todos los arequipeños reconocemos como propias, surge el habla popular arequipeña, de la que disponemos de registros históricos: en la *Noticia de Arequipa* de Antonio Pereyra y Ruiz se encuentra un diccionario. Ha sido estudiada desde el ángulo lingüístico por Enrique Carrión Ordóñez y en el *Diario* del sacerdote José María Blanco, quien estando en Arequipa en 1835 recogió voces, palabras y vocablos cuyo significado era solo reconocible en la ciudad, tal como sucede con nosotros cuando decimos: «ñato» o «ccoro» a un joven o a un niño, utilizamos palabras como «caucho» para identificar un zapato rústico y duro, o cuando llamamos «chuto» a un indio.

Las peculiaridades del lenguaje arequipeño han sido estudiadas también por Francisco Mostajo, quien las ha clasificado tipológicamente en quechuismos y

aimarismos, que son indigenismos; cholismos que son voces corrompidas del español; chacarismos y vulgarismos. Al margen de esta propuesta de análisis lexicográfico, podemos sonreír cuando escuchamos voces como «caclar», «caroso», o «chuso».

Resulta importante señalar que esta habla popular y mestiza, característicamente arequipeña, por el significado original que se da a muchos vocablos aparte del que tienen en la lengua de la que proceden, es aceptada como manera de hablar común y aun culta. José Luis Bustamante y Rivero, ilustre jurista arequipeño, es autor de este romance: «Lecherita/ lecherita/ que te vais pa la ciudad/ si el ccala te piropea/ lecherita, no le oigáis». Resume bien este verso la forma como se utiliza el habla popular como referente en una poesía de típico sabor arequipeño.

Gran parte de la identidad cultural mestiza tiene que ver con las características campesinas que tuvo la ciudad hasta el siglo XX. Rodeada por una pintoresca campiña que la circunda y la limita, vinculada con los valles aledaños donde eran propietarios, los integrantes de la que podemos llamar «alta clase arequipeña» descubrimos que Arequipa se ha convertido, como acertadamente la llamó Mostajo, en un «crisol de mestizaje» donde se han realizado exitosamente nuevos productos en el contacto entre culturas de diferente procedencia.

En todo caso, el resultado de dicho contacto es una cultura mestiza con la que nos sentimos identificados y que tiene sus propios símbolos, cuando se baila el «carnaval» cuando espectamos la «quema de Judas» o cuando escuchamos una «pampeña» o yaraví.

Hemos recorrido los elementos materiales y espirituales de la identidad cultural de Arequipa tratando de fundamentar, con apreciación empírica, las afirmaciones de los conceptos teóricos que planteamos para analizarla.

IV. Una teoría que nos explique Arequipa

Hemos planteado y demostrado la existencia de una identidad cultural mestiza, característica singular de Arequipa. Más allá de constatar una tesis que enunciamos al proponer este trabajo, reunimos algunos elementos que conforman una teoría que nos explique la esencia de Arequipa y el porqué de su presencia esencial en la historia del Perú.

El examen de las bases de esta teoría nos lleva en primer término a comprobar que en los libros escritos por arequipeños sobre Arequipa aparece siempre una descripción y una exaltación elogiosa, romántica y emotiva de la ciudad añorada o presente.

En otros autores como Víctor Andrés Belaunde, José Luis Bustamante y Rivero, Jorge Basadre, Francisco Mostajo, Sarah Chambers y Frederick Wibel, descubrimos un esfuerzo por plantear una explicación que supere la admiración que suscita el arequipeñismo y sus múltiples expresiones.

En estos autores es común encontrar ensayos y reflexiones sobre la naturaleza de la sociedad arequipeña, acerca de su gesta cívica, su espíritu revolucionario, su sentido agrario, su respeto por la ley y su regionalismo.

En cierto modo, tal teoría explica el significado profundamente democrático de la sociedad arequipeña y su ciclo revolucionario, que desde 1834 está presente en la vida política del Perú y que tiene una sólida tradición.

La acción, el pensamiento y las obras de Mariano Melgar, Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, Mariano José de Arce y Francisco Javier de Luna Pizarro muestran una presencia ideológica y política específica en la vida del Perú republicano. No se equivoca Basadre al considerarla como un factor del desarrollo político peruano.

Afirmamos que la identidad cultural mestiza de Arequipa es solamente una de las claves que explica su singularidad dentro de la sociedad peruana. Pero el «alma histórica de Arequipa», ha dicho Jorge Basadre, no es fácil de analizar. Circunstancias telúricas y psicológicas mencionadas por Mostajo, entre ellas el aislamiento geográfico, su vocación por el derecho y su sentido agrario, tienen relación con ella; se menciona además que factores como el orgullo por un caudillo, el sagrado honor de la ciudad o el ideal religioso han desempeñado un rol importante en la conducta colectiva del pueblo arequipeño (Basadre, 1980).

Sarah Chambers ha hecho un aporte fundamental cuando afirma la existencia de una «plebe pluriétnica» en Arequipa y que la población indígena del Cercado, y en especial de la ciudad, entre 1780 y 1854 era «aculturada» y concluye que el proceso de aculturación y disminución de la identidad étnica se aceleró en el siglo XIX. Hubo, dice esta historiadora, una estabilidad social en Arequipa; existió una «sociedad de honor» en la cual casi participaron todos. Aun el más humilde zapatero o chichera colocaban «don o doña» antes de su nombre. Todos en la ciudad de Arequipa somos vecinos honrados y hombres de bien. Se produjo una «ideología igualitaria», concluye, porque de hecho las diferencias de riqueza no eran tan extremas como en Lima.

Influyeron también el regionalismo y la falta de marcadas divisiones étnicas; ello incluye, según nuestra opinión, al mestizaje racial que juntamente con el cultural —que hemos propuesto como base conceptual en este artículo—, nos permite desarrollar una explicación de esta sociedad compleja y de esta ciudad tan peruana que es Arequipa.

V. Conclusiones

A partir de un conjunto de conceptos teóricos y de observaciones fácticas sobre hechos culturales hemos planteado y desarrollado en esta ponencia una tesis: Arequipa tiene una identidad cultural mestiza.

Ella le confiere rasgos culturales originales que sirven como factores de identificación y cohesión regionales con los que se tiene una imagen histórica de Arequipa, que conjuntamente con la identidad, hacen que «lo arequipeño» se convierta en un aporte singular a la identidad nacional peruana. No pretendemos analizarla para aislar sino esencialmente para mostrar su naturaleza.

En ese hecho no solo encontramos una explicación de fenómenos culturales producidos por aculturación —resultado del contacto cultural—, sino que hay una importante proyección al presente y, sobre todo, al futuro: Arequipa nos ofrece en su identidad cultural no solamente un espacio de análisis histórico y cultural sino un proyecto que podría ser asumido en el futuro por todo el Perú, que confirmaría, de ese modo, una vocación mestiza significativa.

El estudio del pasado en busca de explicación y comprensión de fenómenos históricos y el diseño del porvenir en busca de un proyecto que nos permita realizar nuestro destino colectivo, como lo plantea Basadre, tienen así una función dinámica fundamental cuando nos preocupamos por lo que será el Perú en el nuevo milenio. No es este un trabajo de futurología sino un análisis de hechos específicos que nos muestran una perspectiva, solo una entre muchas, de cómo se ha forjado una identidad cultural mestiza en una parte de la realidad peruana: Arequipa; y que la vigencia de ella resulta reconocible en el pasado y en el presente, permitiéndonos sentar las bases de una teoría sobre Arequipa.

En esa teoría encontramos elementos históricos, sociales, culturales y raciales, además de geográficos y económicos. El regionalismo arequipeño es mucho más que la expresión de altivez por un terruño, es un hecho que tiene un contenido histórico y geográfico, un aislamiento que favoreció el desarrollo de una comunidad regional, como lo sostiene F. Wibel en su tesis (1975).

Arequipa tiene pues rasgos singulares desde diferentes perspectivas, siendo los más importantes los de su identidad cultural mestiza.

Así, tanto la singularidad, el regionalismo y la identidad, han creado en Arequipa una conciencia de sí misma que difundimos a través de una imagen histórica fácilmente distinguible, con la que participamos en el gran crisol cultural que es el Perú.

Las investigaciones de historiadores, antropólogos y sociólogos facilitan hoy una aproximación orgánica al conocimiento y análisis de problemas y fenómenos que antes solamente llamaban la atención como situaciones anecdóticas. Realizamos un esfuerzo multidisciplinario para examinar científicamente hechos, encontrar explicaciones plausibles y fundamentar tesis que faciliten el acceso al conocimiento de los mismos con nuevas perspectivas.

En esa línea de reflexión pretendemos que se ubique nuestro trabajo, ya que encontramos un signo promisorio en la identidad cultural mestiza de Arequipa. Lejos de lamentarnos porque esté surgiendo un «nuevo rostro urbano de Arequipa»

(Taypicahuana, 1997), creemos que en él hay una expectativa: la de aceptar la identidad que nos ofrece como un factor para construir una identidad nacional que todos anhelamos en el Perú.

Bibliografía

- Basadre G., Jorge (1980). *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*. 3ª edición. Lima: Mosca Azul.
- Belaunde, Víctor Andrés (1967). Arequipa de mi infancia. En *Memorias. Tomo I, Trayectoria y destino*. Lima: Ediventas.
- Bustamante y Rivero, José Luis (1972). *Una visión del Perú. Elogio de Arequipa*. Lima: Ediciones PLV.
- Busto Duthurburu, José Antonio del (1993). *El mestizaje en el Perú*. Piura: Ediciones de la Universidad de Piura.
- Carrión Ordóñez, Enrique (1983). *La lengua en un texto de la Ilustración*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Chambers, Sarah Clarke (1997). Los matices de la Ciudad Blanca: la cultura y la sociedad urbana de Arequipa, Perú 1780-1854. *Revista de Ciencias Sociales* 3 Facultad de Ciencias Histórico Sociales, Universidad Nacional de San Agustín, Arequipa.
- Fisher, John (1990). *Imperio, virreinato y provincias entre 1776 y 1824* (Texto s.r.p.).
- Foster, George M. (1962). *Cultura y Conquista*. México D. F.: Ediciones de la Universidad Veracruzana.
- Gallagher, Mary A. Y. (1978). «Imperial Reform and the Struggle for Regional Self Determination: Bishops, Intendants and Creole Elites in Arequipa, Perú 1784-1816». Tesis Ph.d. New York: City University of New York.
- Herrera Alarcón, Dante (1961). *Rebeliones que intentaron desmembrar el sur del Perú*. Lima.
- Linton, Ralph (1965). *Cultura y personalidad*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Marzal, Manuel (1989). Identidad cultural e identidad nacional. En Norberto Strotmann (ed.). *Estado y sociedad en el Perú*. Documentos de la Semana Social del Perú. Lima: CINTE.
- Mesa, José de & Teresa Gilbert (1966). *Contribuciones al estudio de la arquitectura andina*. La Paz: Academia Nacional de Ciencias de Bolivia.
- Mostajo, Francisco (1940). Algunas peculiaridades del lenguaje arequipeño. En Emilio López de Romaña (ed.), *Arequipa en el IV Centenario de su fundación española 1540-1940*. Lima.

- Mostajo, Francisco (1953). Discurso de Orden en la Apertura del Año Universitario en la U.N.S.A. *Revista Universitaria de la Universidad Nacional de San Agustín*, año XXV, N° 38, 2do Semestre, Arequipa.
- Porras Barrenechea, Raúl (1928). «Arequipa». *Variedades* [Lima]. 5 de mayo, año XXIV, N° 1053.
- Quiroz Paz Soldán, Eusebio (1990). *Arequipa, pasado y presente*. Arequipa: Editorial Mutual Arequipa.
- Quiroz Paz Soldán, Eusebio (1996). «Los arequipeños somos characatos». *El Comercio* [Lima] 15 de agosto de 1996. Suplemento por el 456 Aniversario de Arequipa.
- Quiroz Paz Soldán, Eusebio & Alejandro Málaga M. (1985). *Historia del Santuario de la Virgen de Chapi*. Arequipa: Universidad Nacional de San Agustín.
- Quiroz Paz Soldán, Eusebio y otros (1990). *Historia general de Arequipa*. Lima: Fundación M.J. Bustamante de la Fuente.
- Rivera Martínez, Edgardo (1996). *Imagen y leyenda de Arequipa*. Lima: Fundación M.J. Bustamante de la Fuente.
- Sánchez Málaga, Armando (1994). La música en el Perú. En Marco Curatola y Fernando Silva Santisteban (eds.), *Historia y cultura en el Perú*. Lima: Universidad de Lima / Museo de la Nación.
- Sánchez Moreno B., Víctor (1987). *Arequipa colonial y las fuentes de su historia*. Lima.
- San Cristóbal S., Antonio (1997). *Arquitectura planiforme y textilográfica virreinal de Arequipa*. Arequipa: Editorial de la Universidad Nacional de San Agustín.
- Santa Cruz, Andrés (1976). *Archivo Histórico del Mariscal Andrés de Santa Cruz*. Primer Tomo 1820-1828. La Paz: Universidad Mayor de San Andrés.
- Silva Santisteban, Fernando (1977). *Antropología*. Lima: Universidad de Lima.
- Taypichuana R., Ángel (1997). «Lo urbano: el nuevo rostro de Arequipa». Ponencia inédita.
- Toynbee, Arnold (1963). *La economía del hemisferio occidental*. San Juan: Ed. La Torre, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.
- Travada y Córdova, Ventura (1993). *Suelo de Arequipa convertido en cielo*. Edición facsimilar. Lima: Ignacio Prado Pastor.
- Valdivia, Juan Gualberto (1996). *Vida y obra*. Arequipa: Universidad Nacional de San Agustín.
- Wibel, Frederick John (1975). «The Evolution of a Regional Community within the Spanish Empire and the Peruvian Nation, Arequipa 1780-1845». Ph.d. Dissertation. Stanford: Stanford University.